

Presentación de *Estado Anterior* de Julieta Lopérgolo

Fernando García

La primera sensación: alegría. Julieta me invitaba a participar de la presentación de *Estado Anterior*. Después vinieron las preguntas: ¿por qué no pensar en alguien que sepa algo de poesía? Intenté no pensar en esas contradicciones y dejé que el libro me condujera por otras interrogantes más interesantes. Entonces comenzó a hablar el verso.

Lamentablemente como lector, a menudo tengo una especie de pulsión filológica que esta vez me devolvió al pensamiento del verso. Tuve que detenerme en la forma antes de abrirme a sus singularidades.

Versus posee una deriva enorme en el latín. Pensemos en palabras como *invertere*, *pervertere*, y modernas vértebra, versátil, adverso, aniversario... *divertere*, por ejemplo, significaba separarse de uno mismo. *Vertere*, también se usaba para referirse a la traducción, un sentido que gira, o da vueltas entre lenguas. *Versus* es un participio del verbo *vertere* que significa girar, dar vuelta, doblar, tornar, por tanto retornar, remite a un movimiento circular, un arado que da vuelta la tierra y traza una serie de líneas.

El verso busca su metáfora en el buey. En la antigüedad se escribía sobre cualquier superficie, hay cantos de la Iliada en piel de serpiente, y a veces en cualquier dirección.

Bustrofedón es una palabra griega, es la síntesis de Buey y giro. Daba cuenta de un tipo de escritura en la que los versos se alternan, una línea de izquierda a derecha y el siguiente a la inversa, lo cual implicaba cambiar la dirección de las letras.

Los libros más o menos hablan de libros. Pero evidentemente ese espacio o territorio de la invención, lo heteróclito de la creación, de las cifras, de la *poiesis*, es el mundo primario de la fábula, de una producción de significados, de metáforas que fagocitan lo real y lo devuelven a un

mundo anterior. Es el lugar que le otorga Nietzsche a la metáfora, algo anterior incluso a la palabra, hacedora de palabras.

Es en la poesía que el lenguaje se vuelve privado y abierto a la vez. Privativamente humano. Parece ya no necesitar de las cosas.

Creo que la poesía es un campo de tránsito difícil. Difícil de escribir, difícil de leer, y mucho más aun de comentar, un exceso. Lo bello es difícil dice Sócrates en el Cratilo. Entonces el gesto, girar el verso. Puedo compartir entonces con Uds. solamente una experiencia de leer este libro que hoy se presenta. Experiencia que me llevó a otros libros, también de la misma autora, a los que fui podría decirse a preguntar sobre el leer, sobre el lector. Más allá del enorme abismo que supone la relación entre autor-lector, asumí que la autora nos propone un libre juego de interpretaciones. Tomé entonces eso que dice Roland Barthes, molesto con las teorías literarias que privilegian al autor y sus pulsiones: parece, dice, que “lo que se trata de establecer , es siempre lo que el autor ha querido decir, y en ningún caso lo que el lector entiende” (Escribir la lectura).

Desde ese punto de vista, más ajustado a mi pretensión, quisiera defender una posición como lector-fabulador, como un fabulador de versos ajenos. Es allí donde autor-lector mejor se encuentran, ambos son puntos de partida.

De ese modo, si nos permitimos *pervertir*, dar vuelta los supuestos, observamos que la escritura, las palabras mismas, los versos pueden ser considerados como la consecuencia de la poesía, y esta un estado anterior al autor.

La poesía no es privativa de las palabras, basta recordar el vínculo de la pintura y la poesía en la antigüedad, o el cine de Pasolini o de tantos otros.

“la emoción abole la cadena causal, solo ella es capaz de hacernos percibir las cosas en sí, la transmisión de esta percepción es el objeto de la poesía” Así es como un poeta resumió su poética en un libro titulado “Rester vivant”.

Quise entrar pues a la lectura con esa clave sobre el verso. Como un retorno o un volver a un estado

donde emergen imágenes pequeñas, parecen existentes, anteriores a la mano que las escribe, un estado lejano. Son imágenes descubiertas, pensivas, de colores desaturados, enigmas delicados cuyo movimiento lento instale tal vez al lector en una cercanía a sus propias memorias, músicas que provienen de otra habitación, siestas de infancia.

Poetizar el tiempo en este libro es detención del recuerdo, la parte que no se desvanece u olvida.

Podemos encontrar en sus páginas, sentidos inadvertidos del habitar, entendiendo que el lugar no existe antes de ser habitado.

Propone habitar a contratiempo, un movimiento en dirección contraria, inversión de fuerzas, fuerza *inversa*. De ahí entonces el gesto poético que inaugura el libro. Moverse en dirección contraria a la fuerza, frente al mar, sin tiempo, frente al oleaje de las cosas definitivas. Hacia allí van las palabras. Ese movimiento inverso supone un viaje de retorno a los espacios vividos, no necesariamente geográficos, parecen ante todo espacios de la memoria, y si recordamos a Felisberto, podríamos decir también, tierras de la memoria. Implica a su vez un dejar entrar el espíritu por esos lugares, y así notoriamente profanar sus silencios.

El libro nos pide noche y silencio. Allí nos sumerge en lo que no llegó a ser en las palabras, pero dejó lugares. Son entonces palabras recobradas, canciones, deseos en espera. Los momentos se fijan en lugares, frecuentemente cercanos, lugares vividos donde quedan *charcos de tiempo*. Dan cuenta de ese estado anterior imposible ya, materialmente inaccesible, que caló la emoción y es desde ella que brota el verso. Este conjunto de poemas se me presenta como un retorno, un volver a ver.

Son poemas que sin pretensión logran anudar emociones, sensaciones, imágenes íntimas que buscan una simplicidad concreta en la forma, no andan en busca de un lector de oídos cocinados como dice Persio, tampoco inscribirse en tradiciones ni estilos definidos.

Son poemas personales, hay un yo que habla, no obstante, en sus versos el lector puede capturar sentidos, solo aceptando retornar a su propio estado anterior.

Estados que no remiten al mundo de los sucesos, provienen más de una zona donde deseo y

recuerdo se confunden. Lo que no es, pero fue deseado existe en algún lugar, quedó en alguna casa. Las casas, pues, aparecen, evidentes espacios poéticos, pero aquí la casa no es el lugar donde la psiquis amolda sus vacíos, es la casa interior, no aquella sujeta a ciclos cósmicos; antes bien aquella que puede permanecer cerrada hasta que el poema la abre para insuflar el recuerdo que llega bajo la forma del viento.

No es necesariamente nostalgia. Me parece oportuno recordar que esa mezcla de cultismo y neologismo: nostalgia, aparece en un libro suizo escrito en latín en 1688, era la tesis doctoral en medicina de Johannes Hofer de 19 años, quien inventa esta palabra uniendo dos griegas: *Nostos* y *algos*. Aludía al llamado mal del país. *Nostos* significa retorno, por lo cual nos remite al verso, a poetizar el tiempo. Los *nostoi* (su plural) era el nombre que se le daba en la antigüedad a la literatura del viaje del héroe. Hofer encontraba en Odiseo el arquetipo de este “trastorno”.

No obstante, en los poemas de este libro, pequeños viajes a Ítaca, el dolor, la pena, no son creo elementos privilegiados, se han vuelto paisaje. En todo caso está allí, siendo parte, como un escenario siempre crepuscular pero en un retorno vital, lleno de voluntad generosa. Es una tristeza que inventa palabras o nombres. Un dolor en todo caso que se coloca en oposición al miedo, y permite entender la vida como un camino junto al abismo.

34

Algunos poemas trazan la ruta posible, que invita a una lectura *in-versa*, ruta de vínculos que orbitan, donde uno puede perderse. Pasolini decía que la experiencia poética siempre implica extraviarse, es por tanto errática, discontinua y agregaría crepuscular. Es necesario pues perderse para que sea poesía, salirse de la cadena causal.

La palabra aparece, moneda de mil caras y tiempos, una mañana que condensa y confirma el mundo. Constituye de esa forma una poesía meditativa, que lanza interrogantes hacia adentro y se permite hacer suyo otra vez el duelo. Aceptan los versos que no se trata tanto de aceptar lo imposible, si no de esa tenacidad que nos eleva por encima de nuestros propios laberintos.

La distancia, entre el bosque y el mar, dos extremos de un puente cortado, son imagen del deseo, de la disparidad.

¿Por qué dejar a la intemperie, cual canteros helados,
nuestros duelos?

Se pregunta.

Y en otro poema:

¿No son las cicatrices pruebas
de un dolor terminado?

Permite pensar en la circularidad también del dolor y el placer. Cicatrices dorándose al sol, pétalos que arden. ¿No son a veces las heridas estigmas del placer?

Está allí también el gesto poético, no hacer del dolor un guía, muy al contrario, se separa para darle lugar en la existencia, sin ser capturado por su voz. Porque como nos dice esa tradición que empieza con el Sileno y llega a Schopenhauer, y con este argumento del filósofo alemán finalizo:

la razón está al servicio de la animalidad, de la voluntad de vivir; pero mediante la razón se llega al conocimiento del dolor y del camino para vencer el dolor, es decir la negación de la voluntad de vivir.